

SU ULTIMA SONRISA

ANNA SIMON

## INTRODUCCION

Hace varios años, en una fecha que para muchos podía ser recóndita e insignificante, para mí llegó a ser un desbordar de sensaciones y sentimientos. Mi felicidad era máxima, al oír el estallido del primer lloro de mi hijo mayor al salir de mi vientre. Fue la cumbre más absolutamente maravillosa, jamás alcanzada, llegar a ser madre. Llegó el primer juguete de la familia. Me volqué inmediatamente hacia el cuidado de mi hijo. Después de tanto tiempo intentando quedarme embarazada y procurando que no se convirtiera en obsesión, al final pude sentirme completamente dichosa. ¿Qué podía estorbar esa felicidad tan absoluta? Por un lado una nueva vida había llegado y por otro cabía la posibilidad que a la misma vez la vida de otra quedara truncada por un simple resultado médico. Nada podía estropear mi sentimiento de madre. Tenía un largo camino que emprender con mi bebé y tanto amor para ofrecerle que parecía estar en una burbuja aislada del mundo, inmunizada contra todo y todos. Buscaba la simplicidad y mi único objetivo en aquel momento era ayudar a crecer a mi niño.

Creo que por aquel tiempo estaba tan metida en mi papel, que pasé por alto ciertos detalles o situaciones que me rodeaban, aunque creo también que inconscientemente me estaba protegiendo yo misma de mis miedos y mis cavilares que no siendo menos podían llegar a aterrorizarme. Mi cobardía ante una enfermedad superaba todas mis fuerzas. Todo lo que llegaba a mis oídos, yo lo filtraba a beneficio de mi persona, para que mi mente no circulara a más velocidad que mis pasos.

Empezó nuestro proyecto familiar, era hermoso y aquellas palabras, en aquel justo momento, de aquel cierto día, se desvanecieron. Para mí no tenía sentido que al nacer mi hijo, la vida de una de sus abuelas quedara prisionera de una enfermedad, no, me negaba rotundamente. Cada partícula de aire debía estar llena de júbilo. Era nuestro primer retoño, pero también era su primer nieto; aun así, yo no podía tapar el sol con un solo dedo. Por suerte las noticias dieron un giro y ella misma me dijo:

-“Estoy feliz porque directamente el doctor me ha dicho, señora esto no la matará, quédese tranquila”

A lo largo de los años siguientes fuimos forjando un vínculo familiar muy fuerte, nuestro lazo, nuestra propia familia. Mi marido y yo estábamos creando lo que tanto habíamos soñado. Y ya era real, tangible. Como toda pareja joven, novata y envuelta por unos padres demasiado protectores, no solo tuvimos que luchar contra nuestras propias novatadas sino también contra prejuicios y discrepancias familiares; que en definitiva eran pequeños obstáculos que la vida misma te va dejando en el camino para aprender y fortalecer nuestra personalidad.

Cada vez que dábamos un paso importante, crecíamos, y al dar un traspies, crecíamos más. Decidimos avanzar en esos pasos y así volvimos a repetir nuestro título nobiliario. Volvimos a ser papás.

En todo este recorrido, la abuela de mis hijos, que desde el nacimiento del mayor había ido sorteando obstáculos médicos y visitado alguna vez el temido “quirófano” seguía adelante, pasando baches, subidas interminables, bajadas en picado, pero siempre esa sonrisa, su sonrisa. Creo que ese era el velo que cubría todo lo negativo.

Tenía que pensar largo y tendido en los años pasados. Al parecer, me encontraba en uno de esos momentos de meditación, de un profundo estudio de mis propios movimientos. Desde aquel sencillo paso hacia mi felicidad, en el que empecé a cambiar pañales y a dar biberones, mi pregunta era: -¿cuánta lluvia había caído desde entonces?

Recordando a Becquer en sus rimas cuando decía:

“ Mientras sintamos que se alegra el alma sin que los labios rían; mientras se llore sin que el llanto acuda a nublar la pupila; mientras el corazón y la cabeza batallando prosigan; mientras haya esperanzas.....”

Me fui cierto día, sola en silencio, repitiendo sin saber porqué, esas rimas y leyendo su sonrisa. Que me querían decir las notas del gran Gustavo y porque se mezclaban con el intento de descubrir, porque al percibir su sonrisa, lo veíamos todo mucho más sencillo, disminuyendo la complejidad de unos años de intensa lucha, pero saboreando la certeza de haber llegado a la meta, de haber conseguido vencer, descubriendo que lo complejo también puede estar ligado a la simplicidad, y así lo creí durante años.

Me vi atrapada en un frenético ir y venir de acontecimientos. Y negar rotundamente la realidad, solo enmudeció mi miedo.

Tres sonrisas puntuales sorprendieron mis sentidos, sin yo saberlo tenían doble filo, pues se mezclaba felicidad con términos médicos: la primera vez que tuvo mi hijo mayor en sus brazos, el saber que volvería a ser abuela, la tercera, esa, ni ella misma se la esperaba...

Miedo no es exactamente la palabra que definía esa sensación que sobrecogía todo mi cuerpo. Aquella tarde sentí una impotencia que me impedía mover un solo músculo.

Quizás terror sea lo más aproximado a la realidad del momento. Una frase se repetía en mi cabeza como una letanía martillando. Se abalanzaron raudas sobre mí, las palabras:

“le quedan pocos meses de vida”.

No lo podía creer o bien, no me lo quería creer, pero la idea me iba inundando el ánimo hasta convertirse en lo único a mi alrededor. Era una gran desorientación. Te pierdes. Era una sensación tan extraña, mezcla de impacto emocional violento al que se unía la tristeza, la ira, la incredulidad...una angustia vital que me oprimía el corazón, haciendo que latiera a mil revoluciones por minuto. En ese momento, pensé que si todo ese torbellino de sentimientos me envolvía a mi, ¿cual era el sentimiento de mi marido? Sobre su rostro se adivinaba un núcleo enorme de rabia y dolor. Y cuando ese resoplar que le surgía de lo más profundo de su corazón, se mezclaba con mis pensamientos, quedaba mermado cualquier movimiento, cualquier palabra. Se trataba de su madre, la cual había sido una parte muy importante de su vida, y ahora en dicha adversidad, pasaba de haber una base firme en la familia a quedar flotando en el aire la pregunta: “¿y ahora qué?”

Pues ahora, a pesar de su energía desencadenada, de su lucha diaria, de su firmeza, de su entusiasmo; de esa vivacidad que tanto la caracterizaba y habiendo demostrado tal extrema valentía, ella, se estaba preparando para emprender el camino que la conduciría a un final, a la despedida.

Un sinfín de momentos pasaron por mi mente. No era, la nuestra una relación intachable, pero si estaba llena de un gran respeto, un respeto mutuo muy importante.

Las dos sabíamos que aunque a veces nos invadiera el silencio siempre podíamos contar la una con la otra. Compartimos lágrimas, secretos, nostalgias, dichas y logros. Y entre risas y discusiones, reflejadas en el espejo se contemplaba a “la extraña pareja”.

Suegra y nuera, aprendimos a sobrellevar los pequeños choques cotidianos con tolerancia y comprensión por parte de las dos. Indiscutiblemente teníamos una conexión, una afinidad y era nuestro amor por la familia. Yo le tenía gran aprecio y el tema de su enfermedad me tenía acongojada. Debía de ser fuerte y apoyar a mi marido, hacerle el camino más llevadero. Quería ser para él la burbuja donde cobijarse, resguardarse e incluso donde pudiera estallar el eco profundo de aire cortante con el que lentamente iban a ir muriendo sus lágrimas. Tuve que sacar fuerzas, dejar de refugiarme en mi pesimismo y cobardía y enfrentarme a mis miedos.

Dicen que quedarse dormido y no volver a despertar, es la muerte más dulce y tal vez sea cierto, porque ver amanecer con la certeza de que te han regalado un día más y a la vez, observarlo en silencio, debe de ser muy angustioso.

Aquella penumbra que me envolvía al pensar en ella, me hacía preguntarme a mí misma, como podía yo ayudar a una persona con “cáncer”, ¿sabría estar a la altura de las circunstancias?, esta y un sinfín de preguntas más, venían a mi mente constantemente.

Me quedaba absorta en esos pensamientos y un terrible sobresalto recorría todo mi cuerpo. Dudaba de poder yo cuidar a esa persona con una enfermedad tan cruel y tan despiadada, Bien, más que poder, tener la destreza adecuada. Además era mi suegra, a la que me unían unos lazos familiares realmente fuertes.

Pensar eso, sinceramente, me entristecía hasta tal punto que no creí tener el suficiente talante para soportar ese chaparrón que entre nubarrones y claros se avecinaba.

Empezó la gran cuenta atrás y creo que más que restar días, procurábamos añadir momentos, instantes significativos, en cada amanecer, en cada puesta de sol. Exprimir cada minuto era el lema de la familia.

Debo reconocer que al principio me dolía mirarla a los ojos, y que el temblor de mis músculos provocado por el terror de las circunstancias me impedía salir corriendo, huir, aún sin saber a dónde dirigirme. Quería huir de aquella batalla que ese gigante llamado “cáncer” provocaba. Pensé que en su inteligencia, ella, descubriría mi dolor escondido, el no saber qué decir, el nerviosismo de un no saber actuar. Indudablemente, era la persona más fuerte del mundo y yo a su lado me sentía como una hormiga débil a la que pueden aplastar en un solo segundo; tan insignificante como un punto en medio del universo.

Mi asombro llegó, al descubrirme a mi misma. Mirarme al espejo y ya no ver reflejada una expresión asustadiza. Mi semblante, aunque no relajado, se estaba curtiendo, aunque no por el viento, al igual que se curtía mi alma. Ese alma que aprendió mil maneras de ser valiente. Mi suegra sin saberlo me enseñó a comportarme en una ubicación tan desesperante, a olvidar el pánico que se descontrola y nos ata de pies y manos, bloqueando nuestra mente. Noté una palpitación que ahogaba mis miedos, construí mis propios cimientos y cuando en silencio observaba a mi suegro con que entereza, valentía, coraje y abnegación afrontaba su labor cotidiana de cuidado y apoyo, provocó en mí una serie de adaptaciones a la realidad. Ironía del destino.

Supe en todo momento que ella se sentía a gusto conmigo, le gustaba mi compañía, hubo afinidad; me lo demostró siempre, incluso me lo decía en voz bajita para que nadie la oyera. Yo, le ofrecí el prisma de la serenidad y juntas aprendimos para que sirva un minuto. En un minuto fue un apretón de manos, fue un abrazo, una sonrisa, una reflexión. Bastó un minuto para hacer feliz a alguien, a ella. Un minuto parece increíble, parece tan poquito y sin embargo puede dejar una huella tan profunda en nuestras vidas.

#### IV

Cada tarde era simbólica, tardes de verano con aroma de café; aunque a parte de la simbología implícita de compartir un buen café, era confortable acompañarlo con una buena charla. Escuchando, aprendiendo e intercambiando conocimientos.

-“¡Que café más bueno preparas! ¡pero creo que pierdes la noción de la temperatura!”, decía ella riendo a carcajadas.

Yo no sé, si mi mente nublada por la tristeza, me hacía estar completamente despistada, o es que realmente lo hacía a propósito por el hecho de verla reír.

Hablábamos de tantas cosas: de los niños, de su ilusión por presenciar la primera comunión de sus nietas, pues la de mi hijo ya había podido disfrutarla. También hablábamos de cocina, de ropa, de las vacaciones, cualquier tema era buena conversación, incluso era agradable compartir esas lagunas enmudecidas en las que en algún momento nos veíamos inmersas.

Eran tardes muy bien empleadas. En un momento u otro, llegaba la hora del masaje. Sus piernas cada día más débiles y más presionadas por la dolencia, reclamaban a gritos un atenuante, algo que la hiciera olvidar por un instante el dolor tan intenso que sentía. Cremas naturales, líquidos especiales, incluso cremas de las más corrientes, daba igual el producto, en definitiva lo que a ella le brindaba alivio no era la composición, era el estar pendiente de aquel masaje, que tenía efectos inmediatos sobre la ansiedad que le causaba la magnitud de aquel tormento. Evidentemente no podía atravesar su epidermis y llegar al foco del problema, pero sí podía atravesar su angustia.

Era el hacerla sentir que ella importaba por ser ella, importaba hasta el último momento.

Si algún día no llegué a pensar en el masaje, jamás me lo pidió directamente. Creo que era el no querer molestar, pero realmente para mí era una satisfacción poderla ayudar a paliar ese suplicio. También debo decir que era necesario utilizar cierta intuición, escuchando cada palabra, cada suspiro, examinando cada gesto, asimismo descifrando su mirada.

- “¡Qué dolor tengo hoy tan insoportable!” exclamaba ella. Yo amablemente respondía con una pregunta: – “¿tal vez un pequeño masaje?”, “como tu quieras”, respondía mi suegra con voz apenada. Y daba comienzo la terapia.

Esas palabras y su mirada triste, me lo decían todo. Y de eso se trataba, de poder complacerla, en esas pequeñeces que a ella la hacían sentir bien en su último viaje. No se trataba de ofrecerle lo imposible, el objetivo siempre era aportarle toda la comodidad factible, que percibiera paz y sosiego, dándole ese calor familiar que la acompañaría hasta el final. Era gratificante arroparla, ella devolvía el sabor de las alegrías tan sencillas dadas y recibidas. No era difícil hacerla feliz; ni lujos, ni fortuna, ni viajes, yo tenía la certeza que lo que extraordinariamente le hacía perdurar la luminosidad en los ojos era tener a sus nietos con ella y que abarcaran su espacio.

Si, sus nietos la envolvían en la más absoluta felicidad.

Los últimos meses estuvieron con ella diariamente. Jugaban a su alrededor, la hacían partícipe, le explicaban batallitas.

Un día dijo que para ella, era la mejor medicina. Qué terapia podía ser la idónea, más que estar envuelta de inocencia y de cariño.

La observaba siempre desde mi ángulo y era testigo de esa felicidad que la sobrecogía cuando tenía a los niños junto a ella, pero a la vez también fui testigo de las lágrimas que derramaba por no poder corretear tras ellos como solía hacer, por no poder abrazarlos cuando sus manos y sus brazos estuvieron débiles y por no poderles decir todas aquellas palabras que paso a paso se iban de su mente, llevándola a la desorientación. Creo que en esos momentos, ella era muy consciente del poder de su enfermedad, pero no flaqueaba, instantáneamente secaba esas lágrimas y una gran sonrisa la hacía resplandecer de nuevo. Ellos le provocaban ese ánimo y hasta el último momento luchó para fortalecer sus piernas, para fortalecer sus manos, quería hacer cosas, moverse:

–“si me esfuerzo, me recuperaré más rápido”, decía firmemente.

Esas palabras me hacían sentir muy impotente, me derrumbaban. Sus manos llegaron a ser tan frágiles como cristal de Murano. Sus pies, dos plomos con caminar desordenado.



En voz tenue me susurró una tarde:

–“tantos años teniendo conocimiento de mi enfermedad, y lo que me matará será el remedio, ya lo veras”.

Suspiré y aunque busqué una respuesta rápida no supe que responder.

Palabras descontroladas danzaban en mis pensamientos:

“quimioterapia”, “morfina”, “dolor”, “metástasis”, “cáncer”... me daban terror, no lograba comprenderlas.

Tantas y tantas veces que había pasado página rápidamente cuando las veía escritas y en aquel momento allí estaba yo, leyendo prospectos, libros, repasando palabra por palabra su significado ¿Qué buscaba realmente? Tal vez una fe de erratas que me hiciera despertar de la pesadilla.

Fui pasando páginas sin leer, perdida en mi mundo, el que yo me construía cuando quería evadirme de una situación así. De repente, unas voces joviales me hicieron retomar la atención:

–“¡mamá, mamá ven a ver qué guapa está la abuela!”, decían mis hijas.

La habían maquillado y peinado con gran destreza, además su cuello lucía engalanado con lo que ellas creían sus mejores joyas. Cuando entré en la sala, una amplia sonrisa estaba dibujada en su rostro, demostrando su amor y dicha por ellas.

Comprendí en esos días de convivencia con ella, que todos estos tecnicismos eran solo palabras, palabras con una simple definición de diccionario. ¿Qué libro explicaba los sentimientos de la persona? ¿En qué prospecto podía aprender si en estos casos era necesaria la sinceridad o la hipocresía? Me ilustré en un solo camino: la comunicación, una caricia, un beso, una palabra dulce, ternura.

## VI

.....Estoy observando a través de la ventana, una noche estrellada y serena. El pensar en ella me ha inundado nuevamente de recuerdos, de nostalgia. En medio del silencio solo se oye el teclado de mi ordenador y plasmo esos recuerdos que a ratos se van empañando con lágrimas de dolor. Tengo una taza de té entre mis manos, la sostienen tremulosas mientras que en este justo momento fijo la vista en el fondo de la taza; té, restos de azúcar sin remover y de repente mi mente ausente de nuevo, la mirada perdida y ya sólo se pueden oír mis propios suspiros. Bebo sorbo a sorbo, perdida en el tiempo y me hago tantas preguntas. La cucharilla da vueltas y más vueltas, de repente me viene un “flash”, levanto la mirada y el pensamiento se va a su pueblo natal...

Estábamos próximos al 24 de junio. En esta fecha, ella nunca había faltado a la romería que cada año se celebra en su pueblo.

-“Yo no subiré a la ermita, pero si quiero celebración”, dijo ella.

La miré asombrada y miré a mi suegro, creo que en ese momento mostré un interrogante en mi rostro.

Antes de que una sola lágrima pudiera danzar por su mejilla, mi suegro, que tan bien la conocía, le dijo:

-“Mama (así la solía llamar cariñosamente) si tu quieres ir a Castellar de N’hug, iremos” “Si quieres celebrar la festividad, lo haremos” “Lo que no haremos será preocuparnos por nada, eso no”.

-“He ido cada año, no iba a ser este una excepción”, dijo ella.

## VII

Estaba bastante alterada, aquella mañana. Por su cabeza le iban rondando planes para celebrar una gran fiesta. Me hacía ir de un lado para otro sin concretar. Quiso organizar la que resultó ser su última celebración. La notaba como a una adolescente en su primera salida. Tuve que preparar una lista con todo lo que necesitábamos y cada día, antes de la fecha la releíamos para que no faltara detalle.

-“No, no memorices, coge papel y lápiz y anota, que así no te olvidas”, me dijo muy seria. Ella sabía de mis despistes.

Me hizo comprar regalos, era muy detallista.

-“¿Lo has comprado todo verdad?”, me preguntó pensativa.

-“Si, por supuesto. Lo tenemos todo. La lista fue una idea genial” le dije.

-“No sé. Hay algo que me preocupa y no puedo descubrir que es. Como si me faltara algún regalo o algo que descuido sin hacer”, me dijo como dándole vueltas a la cabeza.

-“No te preocupes, no debe ser importante”, le dije.

- “Ese es el problema, que presiento que si es importante”, replicó ella.

Intenté cambiar de tema, para despejar su preocupación. Yo no tenía ni idea de que podía ser lo que la hacía cavilar tan intensamente, pero supuse que sería una minimiedad.

Me equivoqué...

Era la noche de San Juan, cohetes y petardos retronaban a lo lejos y formas de colores se desdibujaban en el cielo. Yo, al tiempo, no pude retener aquella lágrima que hizo camino hacia mi boca donde noté el sabor acerbo de la impotencia.

Esa noche, estuve largo y tendido peinándola. Era coqueta y presumida, pero si algo la distinguía era su elegancia y su porte. Aunque a estas alturas de la enfermedad, su pelo ya notaba una resequedad incontrolable, perdió todo brillo y me resultaba muy difícil de moldear. Sin pensárselo, abrió aquellos ojos oscuros, enormes como platos, me miró y me dijo:

-“¡Córtalo, ponme rulos, pinzas, lo que sea, que va a decir la gente si me ve con estos pelos!”

Y aunque mi rostro esbozaba una sonrisa de casi incredulidad al oírla, la fui peinando lentamente, sin tirones, con suavidad e intentando hacer milagros con aquel pelo rígido. Los resultados fueron casi óptimos. Volvió a mirarme y me dijo entusiasta:

-“¡oye, como peluquera no estás nada mal!”

Mis carcajadas ya fueron incontenibles.

-“¡Calla! “, interrumpió mi risa. “Ya sé que es lo que nos hemos olvidado. Te dije que era importante, pero no sé qué me pasa que se escapan los pensamientos por una grieta que debe haber en mi cabeza”.

-“No digas eso. A todos nos suele pasar alguna vez”, le dije

-“¿Tú consideras normal que me olvide del cumpleaños de mi hijo? No he pensado ni en comprarle un regalo y pensé en todos”, me dijo con los ojos bañados en lágrimas.

-“Deja de llorar y lo compraremos” “La situación no es grave, aún faltan días, tenemos tiempo y si veo lágrimas no te voy a colaborar” “Además yo también tengo culpa porque no lo recordé” le dije cariñosamente.

Se empeñó que el cumpleaños de mi marido era para San Juan, fecha incierta, pero no tuve medios de hacerla cambiar de pensamiento. Eso la hacía estar inquieta. A partir de entonces muchos pensamientos ya iban a empezar un recorrido erróneo, amañado por el medicamento. Las palabras y los silencios iban ya casi de la mano y a veces podían incluso alcanzar una forma bastante obtusa, otras, volvían a su forma normal.

En ese momento me empecé a preocupar.

## VIII

Amaneció un día brillante, era el gran día y el viaje era largo, más para ella; pero aunque sus fuerzas flaqueaban, allí estuvo, en ese pueblecito de montaña que embelesaba sus sentidos, su pueblo natal, con su gente, en la casa que con tanto cariño conservaba como legado de sus padres. No se podía creer que hubiera tenido suficiente vigor para estar allí, pero lo hizo, con un brío y firmeza trepidante. ¿Sería la magia que cautiva a todo ser, el día de San Juan? Solo sé, que fue admirable.

No podía faltar su restaurante preferido, incluso dijo tener un hambre voraz. Hacía mucho tiempo que su apetito iba en decadencia. Estuvimos todos, incluso los amigos más queridos, su casi hermana (como la llamaba ella). Desde el otro extremo de la mesa, durante la comida, la fui espiando sin que se percatara que tenía mis ojos clavados en ella. Estaba rebosante de felicidad. Comía, se reía, hablaba sin parar. En ese plazo sus palabras circulaban siguiendo su propio orden. Era alucinante contemplarla así. Allí tenía los recuerdos de su niñez y allí pudo saludar a vecinos y conocidos que debido a su enfermedad y la distancia, hacía mucho tiempo que no veía, con ellos también se sentía cobijada. Los desplazamientos ya le quedaban muy limitados. Fue un día agotador para ella, pero nimio comparado con el delicioso sabor del reencuentro.

Antes de irse, de dejar su pueblo, en un momento en el que nadie parecía prestar atención, mis oídos se agudizaron hasta el punto de alcanzar a escuchar sus palabras temblorosas:

-“la pena más grande en mi corazón, es que esta es la última vez que mis pies pisan esta tierra”, dijo ella.

Palabras, que evidentemente conmovieron en su totalidad a quien la rodeaba en ese instante, palabras, que para mí, se clavaban como puñales.

Qué razón tenía, pues esa fue la última vez que vio las montañas desde su casa, las cumbres que conocía como la palma de su mano, el entorno que la vio crecer.

A veces, me he preguntado cómo pudo sobrellevar el descenso. Ir sentada en el coche, curva tras curva, ese vaivén que te fuerza al mareo y de colofón final unos pensamientos que imagino nada agradables e incontrolables y seguro no dejaban de azorarla. No fue sabido su sentimiento, al pensar que dejaba atrás toda una vida, que daba un adiós a sus orígenes, a sus raíces. Ese descenso lo sufrió en silencio, pero algo me dice que fue el trayecto más amargo de su vida.

Cuando llegó al rellano de la escalera donde vivía, le esperaba como siempre un edificio muy moderno y nuevo, pero con la precariedad de la falta de ascensor. Sin decirnos nada a mi marido y a mí, la cargó mi suegro sobre su espalda hasta llegar a un tercer piso, ¿qué es lo que a este hombre le daba tanta fuerza?

Llegó exhausta a casa, pero yo diría que le gratificó el esfuerzo.

No sé si el mismo pensamiento que tuvo en su pueblo al darse cuenta que esa podía ser la última vez, volvió de nuevo a su cabeza al subir peldaño a peldaño hacia su casa. ¿Sería el recorrido por las escaleras también la última cima que tendría que escalar?

Tanto preguntarme cosas, figuré que mi mente podía llegar a explotar. ¿Qué más podíamos hacer ante una mente tan lúcida como la de ella?

## IX

Fueron pasando los días, y a parte de padecer por ella, también lo hacía por mi suegro, tan valiente, tan fuerte, no se acobardaba ante nada, pero, ¿qué pensaba?, ¿cómo se sentía interiormente?, tantos años de unión y tantos luchando juntos contra algo que resultó ser algo más que un achaque y por momentos, estaban perdiendo la batalla contra el “cáncer”.

Es abigarrado, sobrepasa los límites de toda persona. Y allí estaba él, resignándose a perderla y a la vez batallando para que sus últimos días fueran espléndidos.

Llegó el día, que mirando en el ancho mar de sus ojos, esos ojos tan característicos por su amplitud, se apreciaba una lejanía, perdida en un mundo sin retorno, en el que a veces veía la luz, y parecía un resurgir, pero de nuevo volvía a quedar sometida por esa fuerza que la atraía hacia su interior.

....Caía la noche. Aunque habíamos estado los niños y yo con ella toda la tarde, al llegar mi marido del trabajo volvimos los dos de nuevo. Era insostenible como veíamos desaparecer el tiempo, nos faltaban horas, las que a ella se le acortaban. Al llegar a casa mi marido y yo, nos desplomamos en el sofá, como abatidos por el cansancio, uno frente a otro, sin decir palabra. Cabizbaja y sin saber que decir, pude oír su sollozo.

–“¡No, no puedo verla así, me duele comprobar que su mente cada vez está más lejos!”, dijo él.

–“¿Prefieres verla sufrir?”, le respondí como pude.

–“Por supuesto que no, es mi madre, y ya ha padecido bastante”, replicó mi marido.

-“Entonces debe tomar el medicamento”, le dije en tono firme “tú mismo lo has dicho, ya ha padecido bastante”, “ya sé que es la maldita morfina que la deja en ese estado, pero, ¿en cual estaría si los médicos no se la hubieran prescrito?” “Piénsalo”, le dije.

No lo vi muy convencido con mis palabras, pero yo al fin había podido pronunciar uno de aquellos nombres tan temidos, tan tabús para mí: “morfina”.

..... es ya media noche, el sueño intenta vencerme, pero para mí es el mejor momento para seguir escribiendo todos esos pensamientos que surgen, que van divagando entre las sombras de mi nostalgia. Necesito ahogar ese grito impotente que sale de mis entrañas, en lo más profundo de cada letra, de cada frase.

Sigo aquí, tecleando, hasta que el sueño me desfallezca.

Voy a buscar otra taza de té...

Pienso en la soledad del momento y sin más mi corazón se acelera. Intento poner algo de música, alcanzo los auriculares para no molestar y sigo profundizando en mis reflexiones...

## X

Pensemos detenidamente, como actuaríamos si en un espacio corto de tiempo pasáramos de trabajar duramente con las manos a no notar casi el leve tacto de una pluma en ellas. De correr y bailar a cojear, de necesitar el apoyo de alguien para poder caminar hasta llegar el momento de tener que pasar gran parte del día en una silla de ruedas. Y no puedes escoger, esta enfermedad no pide permiso, se apodera. Obviamente nunca le pregunté cómo se sentía, creo que si lo hubiera hecho, la respuesta me hubiera fulminado.

Teníamos dos opciones: que el sufrimiento se leyera en nuestro rostro o bien pintarlo de colores. Nos dimos cuenta que lo segundo era más eficaz. Estaba enferma y lo sabía sobradamente, no era necesario que se lo recordáramos, así que nos inculquemos buen humor contra cualquier barrera. No se bajó el tono de voz, había entusiasmo.

-“ ¡eh, abuela te estás durmiendo y no miras nuestro video de las vacaciones!” “¡pero qué sueño tienes!” repetían alegres mis mellizas, apoyadas las dos sobre ella en la silla de ruedas.

-“¡mira, mira, como nadaba yo en la playa!, ¿estás mirando abuela?”, decía una de las niñas.

Claro que mi suegra las estaba escuchando, pero el poder de la medicación aventajaba a sus deseos.

-“Abuela luego te pasearemos nosotras con la silla”, seguían insistiendo

-“yo te llevaré al baño”, decía una,

-“pues yo te sacaré al balcón, ¿a que sí?” replicaba la otra. Y se reían inocentemente a su alrededor.

La hubieran mareado en un estado normal, pero en ese letargo en el que ella se estaba introduciendo, pienso que le hacía bien ser aturdida y más por sus nietos que como ella siempre decía eran su medicina. Ella ya no sentía dolor en el cuerpo, ahora se trataba de atenuar el dolor de su alma. Nos pensamos que porque los enfermos entran en un estado de somnolencia no se percatan de lo que sucede a su alrededor. Pero tajantemente puedo asegurar que tanto sus lágrimas a escondidas y sus sonrisas demuestran lo contrario.

Nunca podremos asegurar que sobrellevó todos estos momentos sin conocimiento de que la dificultad para recuperarse, fue la reincidencia de su enfermedad. Pero si puedo asegurar, yo personalmente, que lo hizo feliz y además rodeada de las personas que ella más quería , que la querían y sin moverse de su propio hogar.

Es curioso, pero pensándolo bien, me doy cuenta de que ella nunca estuvo en cama durante un día entero, una vez me dijo:

-“ la cama es para ir a dormir, si me voy a la cama de día , mis visitas pensarán que estoy enferma, y no es así” .

Gran cordura la suya, el día que ya no pudo levantarse, ese fue el primero que la enfermedad la estaba derrotando, pero aún así su corazón atronaba potente como un volcán.

## XI

Fue un día tan extraño, el anterior al cumpleaños de mis mellizas. Ya se respiraba tensión cuando el día quiso rebasar su primera hora de vida. Amanecí con prisas y estresada, tenía tantos preparativos pendientes, pero a la vez muy pocos ánimos para realizarlos. Quería que fuera un día muy especial para ellas, iban a cumplir cinco años ya, pero el ambiente no era el más propicio para celebraciones, ya no, ahora nos aislaba el silencio.

Afortunadamente no quedé abatida en el camino, respiré hondo y al ver a mi hijo coger su guitarra y sentarse junto a la cama de su abuela, me llegó el sosiego y la calma que en aquel momento necesitaba. Empezó a tocar una melodía lenta, llena de paz, como si un viento suave balanceara plácidamente las ramas del maravilloso paraíso en el que ella estaba perdida. Inconscientemente él la estuvo despidiendo y creo que ella lo sabía. Cuando el vibrar de una de las cuerdas de la guitarra hizo sonar la última nota, fue la última sonrisa que le vi en su rostro. Se borró con la melodía y ella se fue apagando con el atardecer.



Como una vela cuya luz se va quedando pequeñita, así resistió ella hasta llegar al día del cumpleaños de sus nietas.

La coincidencia era asombrosa.

Sonó el teléfono, era mi suegro, pidiéndome si podía ir a su casa antes de la hora de costumbre.

No me gustó su tono, era inquietante. Salimos de casa apresurados. Mis hijos no entendían bien el porqué de tanta prisa, pero no hicieron preguntas.

Al llegar me di cuenta que había un cambio y me resultaba difícil aceptarlo, más bien me oponía al mismo destino. Todo y viendo que el telón estaba a punto de bajar, cada minuto pensaba en una posible solución y porque no, pensar que podía haber un milagro. Reconozco que a veces el miedo nos hace aferrar a cualquier cosa por intangible que sea. Con cierto nerviosismo salí al balcón, necesitaba respirar aire, aunque fuera un aire sofocante de una tarde de pleno verano. Mirando al cielo calinoso me realizaba tantas preguntas tontas.

-“¿Qué hacían esas dos nubes en el cielo?”, “¿porqué el calor no dejaba espacio para la brisa?”, “¿qué me estaba sucediendo?” “¿era realmente el calor?”

Estaba agobiada, sin embargo, un escalofrío me erizaba la piel.

Estuve intentando borrar el sufrimiento que en ese momento yo distinguía en mi mente, mis neuronas estaban alteradas, no podía ser otra cosa, por descontado, no era una alarma, me repetí una y otra vez, no obstante, yo sabía que era imposible borrar ese sufrimiento de mi corazón. Ese esfuerzo no fue más que un fugaz destello en el gran espacio.

Al atardecer les dije a los niños que su abuela necesitaba descansar que le dieran un beso y la dejaran dormir. Mi hijo instantáneamente dijo:

-“la abuela duerme demasiado”.

Le sonreí y los hice salir de la habitación. Recordé un día que me dijo lo mucho que agradecía la ternura de los besos.

-“¡Mira, me ha tocado una nuera besucona, ya era momento de tener alguien así en la familia !”, siempre había dicho esta frase desde que la conocí.

Por un momento me quedé sola con ella en la habitación, me acerqué i también la despedí con un beso. Ni tan solo dejé que mis lágrimas rozaran sus mejillas al acercarme. La miré por última vez y le susurré bajito: -  
“adiós yaya”

Y al llegar la noche, solo oí el “ring” del teléfono y tras el, unas palabras rotas por el dolor:

-“se fue” ..., dijo mi marido

### XIII

Aún sabiendo que ese momento tan triste estaba a punto de llegar, fue duro tener que sobrellevarlo, fue duro intentar buscar una palabra que pudiera consolar y disminuir el dolor de mi marido. Me hubiera gustado tener, explicaciones y grandes respuestas, pero no las tenía, nadie puede tenerlas. Solo salió de mi boca:

-“tranquilo, ella se fue feliz”

La verdad es que nunca se llegó a ir por completo. Perdura su alma al contemplar puestas de sol en la cumbre de una montaña, al bajar por senderos nunca transitados como en tiempos de su juventud, al recoger una flor, al mirar una nube...

Un día las mellizas me preguntaron que como podrían volver a ver a su abuela. Les recordé los juegos tan divertidos que hacían con ella en el balcón imaginando rostros al mirar al cielo. Ahora, los niños buscan a su abuela observando con ternura, todo lo que ella les enseñó al ver más allá de las nubes.

Jamás volverá a rozar sus mejillas con caricias o les descubrirá viejos mundos con sus historias, pero crecerán y sus recuerdos crecerán con ellos, unos recuerdos que perdurarán, mientras hayan sentimientos.

